

The background of the entire page is a close-up photograph of water ripples. The water is a deep teal or dark green color, and the ripples create a complex pattern of light and dark, wavy lines that catch the light, giving it a shimmering, textured appearance.

Entre el limo y el reflejo

Cuerpos de agua

Damarys González Sandoval

Portada: Damarys González Sandoval

© Damarys González Sandoval, 2018

Cuerpos de agua

Una voz se sumerge y encuentra, entre el limo y el reflejo, retratos que han sido arrastrados por una corriente más fuerte que muchas voluntades, imágenes que se asoman en la superficie y vuelven a hundirse, como si destejieran la alucinación, la orfandad, la huida. La poesía contempla cada historia dolorosa e intenta traducirla con el tacto y la delicadeza con que debe abordarse la herida reciente, el dolor común; el instinto recorre libremente el lado oscuro del ser humano, desata la venganza y la locura, y el dolor se empoza, se calla o se silencia, como si un fino manto de arena arropara cada cuerpo.

Mientras la mirada colectiva se fija en el horizonte -esa dorada trama de reflejos-, en lejanas costas algunas criaturas descubren que el cielo no tiene fondo, o contemplan, en el último instante, la retícula de sol que se dibuja entre otros cuerpos sumergidos. Deambulan seres desposeídos, arrancados de cada superficie, y a la vez deambulan dentro de ellos, en sus pensamientos, aquellos que han desaparecido.

Seres atormentados escapan por puertas estrechas, quedan en la memoria sus siluetas como las columnas en las que se apoyarán los destinos de otros. Se incineran figuras, se calcinan sus sueños. Se fuga, sin saber y sin desearlo, una parte de la humanidad, se corta el tallo que prometía flores y frutos; desaparece silenciosamente lo que pudo ser, y otro fino manto de arena arropa los cuerpos. Continúa agitado y nervioso el impulso vital alrededor del joven inerte, su conciencia ha sido sorprendida debajo de la superficie y ya no puede atravesar la película transparente. Se mecen imperceptiblemente en estas páginas indicios de voces enmudecidas, cantos que fueron prematuramente devueltos al origen.

Damarys González Sandoval

Dedicado a aquellos que continúan caminando en busca de una nueva tierra

A los niños que se difuminaron entre la multitud y solo regresa su imagen como un latido en la memoria

A aquellos que se han sumergido, sin querer, en un turbio cielo sin fondo

A las niñas y mujeres que han perdido parte de su feminidad, o su vida, en las seccionadoras manos de una cultura patriarcal

A los jóvenes que dejaron, agitada y confundida alrededor del cuerpo inerte, su imbatible fuerza

A las regiones que empiezan a construirse como pequeña esculturas de arena cernida, único residuo del silencioso despojo

A aquellos, menos visibles, que alcanzan el día y la noche con una cruz a cuestas

A los que dejaron, como única herencia, esa cruz

*Y es como la saliva del tiempo ablandando a los días oscuros
para tragárselos al fin*

[...]

*como si un Vesubio convulso, agónico,
empezase a vomitar sobre mí
todas las frías cenizas de la tierra enferma
y estas cenizas comenzaran a abrumarme y desgraciarme
las modestas cazuelas del almuerzo, las pinturas
rupestres, los zapatos y las ánforas. Sí, una lluvia
sin término, implacable, que remonta
mil codos por lo menos
sobre el hirsuto borde de mi lámpara.*

Eliseo Diego

ENTRE EL LIMO Y EL REFLEJO

Cuerpos de agua

En cualquier momento del día
ella pisa un falso minuto y cae
en el alterado tiempo de la alucinación
Ha regresado el pensamiento felino
a jugar con la presa
Se ataca a sí mismo
como un Goliath poseído
por el alma de un perverso David
Modela y destruye a sus seres amados
una y otra vez
La desmorona invisiblemente
La tortura queda impune
En la ruleta de este día se mueve
aleatoriamente una pequeña celda
y solo se detiene para que ella
pueda asomarse a la ventana y observar
mil palas encajadas en la tierra

Dos fuerzas la controlan
en forma intermitente
Se desafían
Su memoria es cómplice
Su mente ha perdido la conexión con su cuerpo
lo ha olvidado, ya no lo siente
y se hince a sí misma
solo para verlo temblar

A una víctima de feminicidio

Arrojaron un manto encima de sus ojos
y ambos faros quedaron fijos
en la memoria

Un cuerpo nervioso vuelve a sentir
las mínimas uñas del asfalto
recuerda el ovillo de sonidos
y escarba desesperadamente
en el último giro de la mirada

Ya no puede devolverse
Una escalera imposible
se ha empalmado consigo misma y gira
Sus oídos y manos intentan
abarcarse los matices y las formas
de un jardín surrealista que germina
alrededor de la herida sin fondo
que ocupa el lugar del sol

A una víctima de feminicidio

Se abrió el cofrecito
y giró el cuerpo fragmentado
de una bailarina

Ella vuelve a mirar en cada vuelta
una articulación accidental
que no funciona
No puede sonreír ni llorar
Hablan por ella las hebras sueltas
que lentamente descienden
Habla la retícula de pegamento
en la porcelana rota
como una primitiva caligrafía
legible en todos los idiomas
El violento recuerdo de esa noche
está en el fondo
y afortunadamente ya no puede
inclinarse el rostro para mirarlo

Presenciamos todo
con la muda lentitud
de quien está bajo el agua

La conquista fue diurna y serena
Trazaron su rutina de ida y vuelta
entre nuestros cuerpos
como si no estuviéramos en la misma superficie
o no supiéramos que nos pertenecía
Nuestra expresión tenía algo de asombro y adoración
El inmenso tamiz humano
nos despojó paulatinamente
hasta dejarnos desnudos
en la más fina arena

Ahora rodean el pequeño desierto
que han creado y nos miran
con una expresión maternal y castigadora

En nuestros ojos se repite el reflejo
como una cadena de la que cuelgan los cuerpos

“Hablarán y escucharán oro”
les fue prometido
y ya no hay voz ni silencio que les satisfaga

Un cuerpo
con apariencia de corteza
puede dormir en un tronco distante
sin que el paisaje lo advierta

La conciencia descubre que se aleja
porque observa diez veces su cuerpo
como si una cápsula de azogue
se hubiera derramado en el piso
Detrás de cada pequeño espejo
un cuerpo forma parte
de una impecable escenografía:
En el vientre de la pálida figura
se traza una línea y florece
como una corola de músculos
el pañuelo de seda
Desciende
por la escalera del blanco escenario
cual pliego de celofán
la roja veladura

A los migrantes que han perdido la vida en el mar

*Hacinados sobre lápidas se hicieron a la mar
la boca partida en el salitre
los cuerpos inertes en la red del oleaje*

Gabriel Impaglione

Se alejó de la costa
Su cuerpo se convirtió en isla
Sintió cansancio
Ya no podía continuar habitándose
Se quedó tranquilo
apenas mecido por el mar
Observó el conjunto de siluetas
reflejadas en el fondo
Se movían entre los fragmentos
de una retícula de sol que aparecía
y desaparecía aleatoriamente
en la arena limpia y clara

A los niños que han perdido la vida en el mar

*Los cuerpos bajo el agua
son como antorchas que no se apagan*

Yahya Jaber

Niños de arena
Ángeles efímeros
Colibríes
Criaturas desmaterializadas en su único vuelo
Asteriscos que descienden, difuminados
entre humildes velos que el mar embellece
y descubren
ya en el fondo
una turbia imagen del cielo

La niña guardó sus juegos
en una caja pequeña
y la enterró en la arena
cantando como se canta
en los entierros

La frontera trazó ejes imaginarios
en su cuerpo
y abrió rutas que fueron
recorridas hasta el ardor
Bajo un sudor turbio
ha temblado muchas veces
el pequeño ecuador de su cintura

Corre dentro de sí misma
intentando ocupar fragmentos
del cuerpo de una mujer
Cada noche, bajo la luz de una lámpara,
cuenta de nuevo las monedas

Nunca antes recibió el mar tantos tributos
Una niña ha caminado sin cesar
encima de su propio cuerpo
y ha soñado que ese ovillo de huellas
la conducirá a otras tierras

Una gran masa de arcilla delira, dormida
Sacude con violencia los cuerpos de sus hijos
No despiertan

La lluvia siempre tuvo vocación de alfarera
Dibuja una grieta y la recorre
Se embriaga de reflejos
alucina, poderosa
modela una inmensa vasija y la sella

Fueron enterrados con sus pertenencias
los antiguos faraones
y los humildes desprevenidos
La tierra tomó sus joyas
sillas de mimbre
platos de peltre
Madre que cíclicamente reclama
el barro de Adán
Ánima nocturna que se ofrenda a sí misma
otras criaturas

A las personas con epilepsia

La convulsión se posa en un cráneo abierto
que ya está a la deriva
Lo toma como carroza
ósea corola
Todo lo azota desde allí, tejedora de tormentas
Criatura embravecida que enreda el timón
entre velas curtidas, ásperas, sofocantes
Velas sacudidas como látigos
Velas encendidas y apagadas en un breve conjuro
Columnas de cera que arderán
en forma intermitente
y marcarán un pulso paralelo
Una y otra vez sentirá el latigazo
que quiebra la fina cáscara de su voluntad
Y llegará, atado y tembloroso
al fondo de sí mismo
Ovillará su soberbia hasta devolverla
a la posición fetal
Lo olvidará todo
y así lo encontrará el sol
en alguna orilla
durante otro amnésico renacimiento

A un joven invidente

La punta de un bastón marca una constelación
en la interminable sombra del piso
Invidente Jonás que habita el vientre
de todas las osas mayores
Efímera aparición de puntos cardinales
siempre suspensivos
Se agranda y reduce aleatoriamente
un anillo de sonidos
La memoria es una oscura colección
de onomatopeyas que flotan
alrededor de mil fragmentos palpados
Obra cubista que intenta
sugerir las dimensiones ocultas
de un mundo inquieto que observa
tus grandes ojos marchitos
tus finas manos que tejen
una fugaz enredadera en su accidentado cuerpo
y solo puede improvisar respuestas
a la insistente pregunta
codificada en cinco puntos
cardinales y suspensivos

Forjaron sus días en la sombra
los hicieron largos, delgados
que pudieran atravesar los ojos
de un ejército de agujas
Cortaron y unieron sus extremos
como eslabones
Colgaron en ellos
las falsas llaves del mañana
Cada amanecer improvisaron un teatrino
Lo destruyeron al caer la noche
Incrustaron días dentro de otros más pequeños
Días arruinados, de pocas horas
Días que deformaron mientras él los recorría
Lo atormentaron
Se despojó de la cordura
Danzó en el aro de su eclipse de sol
Saltó de un día a otro
como todos los animales
en los que se había convertido
Trepó por las cuentas de su rosario roto
Intentó devolverse durante la caída
Olvidó quién era
Qué hacía
Cuántos eslabones faltaban
para entrar de nuevo en la sombra

Avanza el dolor como un río
No la toca
Ella está por encima de la gente
como una falsa diosa, una alucinación
Imágenes hilarantes se deslizan
en el interior de la simbólica venda de sus ojos
y en su balanza pesa más una moneda
que mil cruces
Cuatro mascarones sonrientes
dan forma a su cráneo abierto
Barca carnavalesca
que flota a pesar de la tempestad
Su cuerpo acéfalo
insensible al dolor
recorre el insólito escenario
esta franja del Jardín de las delicias
-El infierno-
Elige criaturas al azar
las acaricia
pronuncia palabras incomprensibles
con el tono de voz que se usa
para dar consuelo
Las envuelve en los velos de su largo traje
las sofoca
y las arrastra con ella al abismo

Huyen y llevan consigo
criaturas risueñas
que invisiblemente serán arrancadas

Una niña vuelve a vestirse frente al espejo
El reflejo niega y olvida continuamente
Un hilo rojo danza en el agua

Su pequeña mano lleva trazada
la línea de la vida en forma de espiral
Una y otra vez pasará muy cerca
de la huella recién abandonada
troquelada por el despeñadero
Se aferrará a sí misma
Le dolerá verse crecer
Un aura de sucias huellas
envolverá su sueño

Ella no quisiera salir de su cuerpo
ni regresar a él

Su piel guarda muchas páginas
La primera desnudez ha quedado
guardada dentro de los huesos
y las otras solo son
infructuosos allanamientos

A las víctimas de un atentado terrorista

Hemos llegado a esta hermosa ciudad
sin saber que aquí nos aguarda
el transitado cuerpo de la muerte
Abarca la hermosa arquitectura
la luz amarilla
la sombra de los muros en las calles de piedra
Tiene los aromas y el ruido
¡Es tan real la muerte!
Está, crujiente, en el pan
en el vino que se derrama
en el viento
en la veladura de lodo de los zapatos
Se escucha el estruendo y caen
los cuerpos desprevenidos
Solo el miedo sigue aferrado
a las estructuras del pensamiento
Continúa vibrando el gran amasijo
El piso está caliente
Se encajan como alfileres los gritos
La muerte
torpe
no cesa de lastimarnos
parece que no consiguiera
sacarnos definitivamente
del espacio y del tiempo
En el fondo sé que es como un parto
que no se aliviará el dolor hasta cruzar el umbral
entonces veremos la sombra al final del túnel
girará el reloj de arena y dejará caer

encima de nosotros un fracturado laberinto
Engastados en los muros estarán los rostros
de algunos seres queridos
que forzosamente nos darán la bienvenida
Lentamente irá aquietándose el pensamiento
como nieve atrapada en una esfera de vidrio
Se perderán los recuerdos en las grietas
del antiguo escenario
y empezaremos a sentir la paz
abruptamente alcanzada

Se disputarán a tu hijo
como grandes dioses
el mar
la muerte
el hambre
y los sigilosos pasos de la oscuridad

Se disputarán a tu hijo
que aún no aprende a escapar
ni a reconocer el sesgo perverso en la mirada
y llora por hambre
con el mismo llanto del cólico y la fiebre
Está entre tus brazos y se balancea
sin saber que en un corto trayecto
lo has arrancado de muchos lugares
y devuelto a la íntima guarida de tu instinto
Allí regresarás cada noche
a contemplar y llorar, a reclamarlo
con los brazos caídos, de rodillas, orando
Algo en ti se seguirá arrastrando
y no se alejará demasiado
aunque ya no busque una respuesta
Esperar es un verbo involuntario
Todos los caminos de tu rutina
desembocan en ese instante
endurecido y fijo como una piedra
donde la misma pregunta te flagela
Vuelves a sentarte a la orilla
de un agujero de tu existencia

a contemplar fragmentos estancados
y de vez en cuando tu mirada gira
para interrogar el rostro de algún joven
su forma de caminar
sus gestos

A los niños fallecidos en conflictos bélicos

No están los niños
en la alfombra multicolor que forman sus cuerpos
No gira un cascabel
La mirada se sumerge en lo observado
hasta perder el brillo
Mosaico de franelitas y pálidos tonos marfiles
que se transparentan
Hay colores que flotan
y colores que se hunden en el alma
como si tuvieran plumadas
Atadas están sus manos
también las nuestras
Esta voz ronca y oscura se desgarrar
se arroja mil veces
Sus cuerpos pequeños son ahora cofrecitos
que agitamos, angustiados
pero ha desaparecido lo que ellos
y nosotros
teníamos dentro

Se levanta un muro de rostros agolpados
Almas entramadas
que crecen hasta introducirse en la niebla
Cada uno es parte del andamio del otro
Llevan, como un ancla, su equipaje de escombros

Los rodea un anillo de huesos occipitales
un cordón de cráneos indolentes
Represa improvisada que teme
el desbordamiento humano
Las fronteras son líneas imaginarias
también el horizonte y la muerte
que fácilmente se cuela
en la multitudinaria sombra
El mundo cierne su éxodo
como arena en un tamiz
y caen en una colina o en un agujero
de la irregular superficie de la suerte
Continúan caminando con la mirada baja
cada vez más desamparados
El alma desciende un escalón cada día
y lo asciende durante la noche
Su impulso vital es resistente
aprendió a caminar entre los escombros
a avanzar sobre el miedo, el duelo, el mar, el hambre
a rehuir la mirada indolente
Ciertos aturdimientos anulan
cualquier sonido, cualquier imagen
Mantienen el pensamiento suspendido

la mirada fija hacia delante
los pasos sin reposo
y parece que no hubiera un fondo
en el que terminara de caer el mundo

*y mil preguntas que se estrellan/ como animales ciegos/
contra el crudo dominio/ de un útero de piedra.*

Raquel Graciela Fernández

Ella rodea el pequeño cuerpo
busca un huesito de vidrio
una rama delgada

El ángel la observa

Un carro pasa
Alguien canta en el pasillo
Gime el venadito que ha sido
capturado por una fiera
Siente el mareo, el ardor
sabe que no volverá a levantarse
que no hay nada de qué asirse

La fiera
perturbada
anulados los sentidos alrededor de un objetivo
desciende hasta la zona más oscura de su instinto
y arranca la fina raíz
del gemido

Crece un hombre como un árbol
en el fango están sus raíces
en el infierno su follaje

Una enredadera florece abrazada a él
le brinda un fruto que gira en el piso mojado
se quiebra su cáscara
tiembla dentro de ella la imagen de la luna

La ofrenda vegetal no basta

Duerme un niño en la peligrosa utilería del sacrificio
sueña que el cielo nocturno se reduce
hasta ceñirse al cuerpo de su madre
y convertirla en crisálida
Sueña que un lobo jadea y agoniza
dentro de una estrecha celda
Flota un collar de perlas barrocas
El niño regresa a la posición fetal
en medio del templo en que fue concebido
Percibe el olor de la resina
Observa siete arbotantes
siete costillas de una estructura
que se deshace
Su segundo nacimiento será involuntario
La semilla estará marcada
Germinará en el fango y empezará a crecer
sin saber que su follaje
también está destinado al infierno

Se multiplican las muertes alrededor de un pez
La noche ha dejado un anzuelo
en el reflejo de cada estrella
La mirada que contempla el cielo
realmente contempla el mar
y en él se duerme
Su desesperación es breve
Alguien pesca hombres a la intemperie
y alimenta con ellos oscuras leyendas
Llegan a la orilla
los días y las noches
como un inmenso vaivén
que no trae la barca
al puerto intranquilo

y aún en la muerte no entendían

Pablo Neruda

Caen unas palabras
se yerguen como potros
ciegos y desesperados trotan encima de un cuerpo
Un espectador ha recibido una emboscada
se siente atrapado en la caja
de un perverso mago
rodeado por seres acezantes
Una espada penetra la caja
se fragmenta en cien puñales
se clavan en su cuerpo
salen casi limpios
Un ovillo de gritos lo perturba
Todo ocurre a la velocidad del pensamiento
Sabe que es cierto, se está mirando desde fuera
Cae la tela que cubre la caja
No hay un cuerpo ni sudor ni sangre
Un roedor se ha comido los gritos y lame la espada
Permanece cubierta la caja de los espectadores
Se oye el zumbido de una máquina
Empieza a lloviznar
Todos temen una descarga eléctrica
La escalera anuncia que alguien se acerca
Cae el manto
no están los espectadores
Cien roedores exhaustos lamen diez mil puñales

Boca, grieta del habla, del silencio
Incisión errónea, labio que arde, labio cobarde
Boca de cera, boca pintada en una piedra
Boca que olvidó su significado
Nudo en la flor, nudo en el grito
Sutura en la semilla
que no cicatriza y no germina
Instinto truncado
Estertor enmudecido
Gemido disuelto
Canto devuelto al origen

No serás mía, serás
de los cuerpos nómadas de la muerte
Un anillo se marcará cien veces
candente
en tu cintura
como una accidental cadena, una eterna alianza
No cesará tu caída
desde la cima de mi orgullo
Figura de yeso antes idolatrada
Réplica de mi deseo
Arderás en mi templo
ofrenda de incienso
y mi pasión se sofocará contigo
Quedará acurrucado, irreconocible
igual que tú
el hombrecillo cobarde y atormentado
que habita la casa de cera
de mi pensamiento
ahora derretida y desnudos
los oscuros cimientos
Alrededor
todos seguirán su rutina diaria
comprenderán la satisfacción
exigida por la ofensa
y girarán un poco la mirada
hasta lograr que el ángulo del ojo
igual que una flecha
señale discretamente
el oscuro ejemplo

A un niño que murió de cáncer

Y en el mundo una estrella fue apagada.

Otra, en el infinito.

Rafael Alberti

La voz fuerte en el frágil cuerpo de un niño
Voz que da saltos
rasga nubes y confía
en el destino natural de las palabras:
nacer, volar, ser escuchadas
El entusiasmo brilla como un traje nuevo
El entusiasmo es un escudo y un caballo y una armadura
—un caballo de palo, una lanza hecha con una escoba—
El pequeño paladín salta, cae, salta, vuelve a caer
Repara su cuerpo
pequeña escultura de arena
Le grita al mar que se detenga, que se aleje
Su voz se agita, desesperada
le grita al cuerpo que la sostenga, que la sostenga

A una joven que murió durante una mutilación genital

*Nació para mujer y fue cordero.
Perfecto sacrificio a los dioses del barro,
coronita de espinas y de sangre.*

Raquel Graciela Fernández

Él abre la herida en el cuerpo de la flor
como quien quisiera revertir un injerto
seccionar la belleza
extraer la semilla de la alegría
del desenfado adolescente

Pretencioso guardián de lo sublime
tiende la emboscada
y da inicio a un ritual que permanece
a espaldas del tiempo
Excava hasta encontrar la raíz principal
traza una incisión
accidentalmente remueve el destello
Algo deja de palpar en sus manos
Ya no importaría que la herida
apenas rozara el húmedo pétalo
La muerte
subcutánea
ha sentido el olor de la flor tierna
conoce su soledad, su desamparo
su situación clandestina
y está sedienta

Acuñaron los días de un niño
con un perfil cabizbajo, silencioso, fantasmal
Los dejaron rodar
por la accidentada superficie del mundo
Un cascabel de plata desaparece
en un laberinto de alcantarillas
Una gota de agua tiene luz y sombra
la velocidad de su caída
depende del tamaño de la sombra
Danza la huella pequeña
inadvertidamente
entre los automáticos pasos
de una inclemente sociedad
Danza el arlequín entre brillantes monedas
El azar lo conduce
como hábil titiritero
lo lleva hasta el borde de un profundo pozo
lo detiene en la orilla
lo deja disfrutar un día soleado
y ocasionalmente le ofrecerá
un acto de ilusionismo
en el que hará flotar y desaparecer
todas las monedas

El zumbido del contexto
igual que un esmeril
desgastará su piel
Apenas podrá contenerla
Una pequeña figura está encerrada
en una cápsula de pergamino
desde allí observa un mundo velado
distorsionado
El mundo también la observa
La figura arde, empieza a crepitar
pero el fuego no rasgará la cápsula de pergamino
no habrá estambres de luz en un improvisado tulipán
ni se elevará como una lámpara de papel
Dentro de la burbuja ahumada
la criatura
se acostará encima de la llama
para sentir su latido
y sofocarlo

Un niño no reconoce
la invisible armadura del odio
gruesa, eficaz
Su estructura
de azúcar y pan
ni siquiera ha aprendido a enfrentar la lluvia
no sabe nombrarla
Un aro de niños lo rodea
y se reduce
hasta que ya no cabe el juego
El aro de niños se dispersa
aún acezante
La maestra hablará de las hienas
de su efectiva emboscada
y él permanecerá inmóvil
ovillado como un caracol
abandonado como un juguete
que acaba de atascarse en el tiempo

A un niño que murió de cáncer

La angustia y la esperanza se turnan
alrededor de un niño
La fe se acerca y se aleja
de la orilla de su vida
al sentir el vaivén de la muerte

Quizá la muerte, piadosa madre
aúpa discretamente su impulso de vida
porque se ha acostumbrado a la esperanza
y no desea recibirlo

El cortejo fúnebre sube una pendiente
Nunca fue tan difícil cargar al hijo
Dos pasos avanzan, uno retrocede
El mundo opone su accidentado relieve
como si tampoco quisiera entregarlo

La muerte conoce la escala
de la locura colectiva
Nos ha visto descenderla
Se deja ver sin pudor el rostro
abre sus fauces y ofrece
un temible manjar regurgitado
una carnada que enmascara mil anzuelos

La humanidad se hiere
con pasión desquiciada la boca
y succiona la mezcla de saliva y sangre

Encorvados y humillados los frágiles cuerpos
proyectan sombras de aves de rapiña

Hemos perdido la guerra y nos corresponde
comernos a nuestro mejor enemigo
Ácida es la noche
su inmundicia secreta, su pesar
Somos roedores de nuestra propia vida
La demencia nos protege, nos aísla
Nos hace creer que el rostro deteriorado
la sonrisa perturbada
las manos sucias, los huesos desnudos
son, afortunadamente, de otro



Damarys González Sandoval

(Caracas, 1973)

Poeta y artista plástica. Estudió en el del Instituto Universitario de Estudios Superiores de Artes Plásticas Armando Reverón. Ha participado en varias exposiciones individuales y colectivas. Su poesía figura en varias antologías colectivas nacionales e internacionales. Ha sido merecedora de algunos premios literarios. Tiene en su haber una decena de poemarios, entre ellos: “Retratos”, “Figura traslúcida” y “Sentidos”.